

Tarde de bodega en verano

En las tardes de fuego del estío,
¡qué placer visitar una bodega!
Todo es fresca penumbra, y de la calle
ni ardor ni ruido llegan.

En las naves, severas, conventuales,
de silencio y olor a vino llenas,
hasta el Tiempo, encantado, se detiene,
y oliendo, se recrea.

Los toneles, panzudos y muy viejos,
que, hechos vino, los siglos almacenan,
orgullosos del oro que contienen,
a que bebamos, tientan.

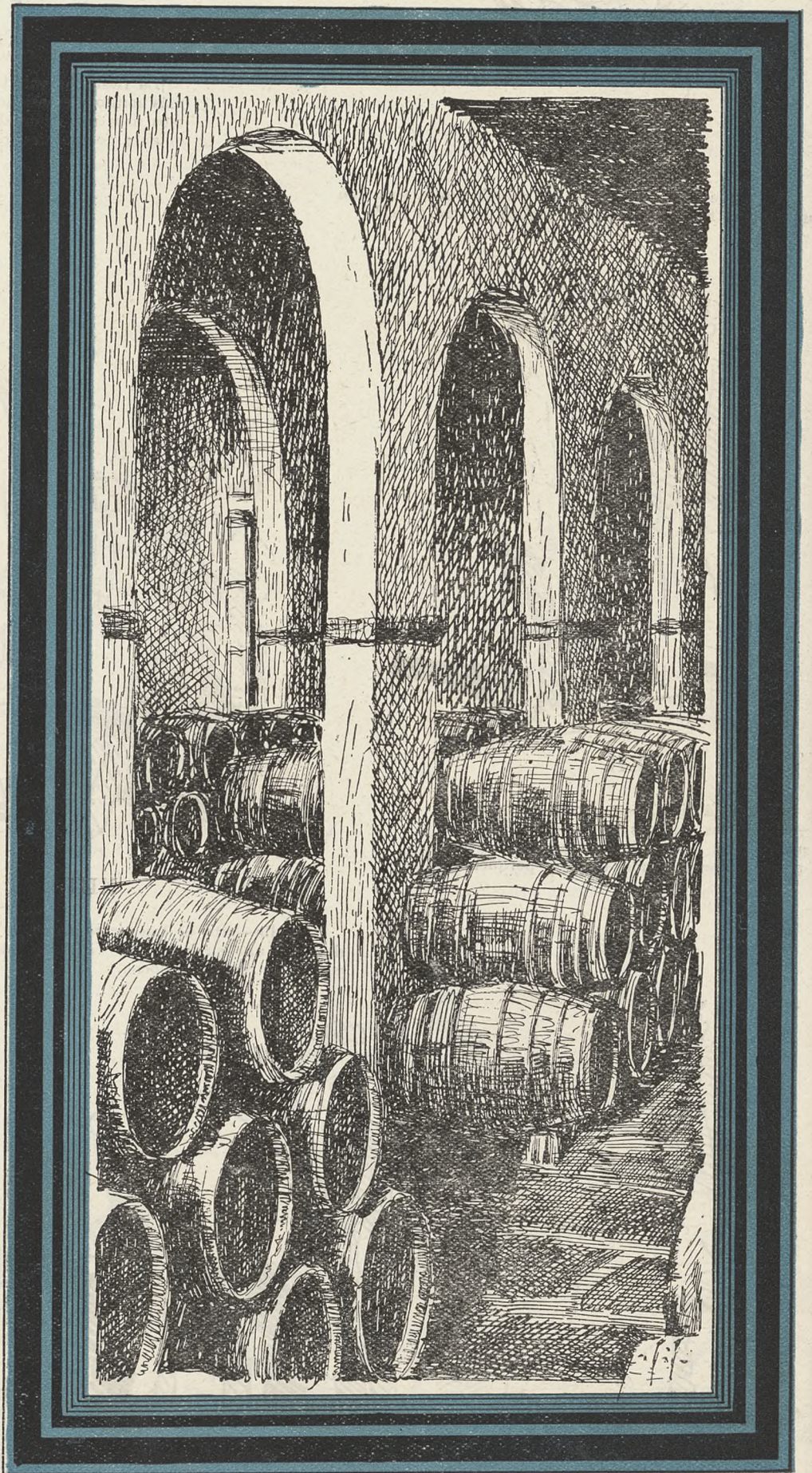
De una andana ha surgido, entre las sombras,
un guardián viejecito, que no cesa
de volcar la venencia en nuestras copas,
con arte bodeguera.

Se desliza la tarde alegremente,
entre cuentos y olvido de las penas,
y un enorme optimismo incomparable
invade el alma entera.

Y seguimos bebiendo, entre la risa
que brotó por el chiste o la agudeza.
Así llega la noche, y de misterio
las naves se rodean.

Al salir contemplamos en el cielo
lagrimitas de sol. Son las estrellas,
que al cerrarse el portón miran al patio;
la luna lo platea.

Han cesado los ruidos; ya no hay risas.
Un murmullo flotando dentro queda.
Sigue el vino, muy lento, envejeciendo,
y los toneles ¡sueñan!



P O R L U I S P E R E Z S O L E R O